

DISCUSION ACERCA DE LA FIEBRE AMARILLA

3er. DISCURSO DEL DR. D. NICOLAS J. GUTIERREZ— (Finaliza).
(V. Anales, t. VI, págs. 48 y 57.)

La química puede descomponer un cuerpo y darnos noticia de los elementos que le componen; pero no nos instruirá de la fuerza ó causa que ha presidido y obrado en su composición natural ó artificial; sea ejemplo el mencionado por el Sr. Lebrero: "si introduzco en una vasija que contenga una mezcla de oxígeno y de hidrógeno un pedazo de esponja de platino obtengo el desenvolvimiento de luz y de calórico, una combinación de aquellos gases, y la formación de agua; esto no dejaré de obtenerlo siempre que repita el experimento, y aunque no alcance la química á darme razón del por qué tiene lugar el fenómeno, subsistirá sin embargo sin explicación alguna." Queriendo explicarlo todo, trazamos el camino tortuoso que nos impide encontrar la verdad, y luego nos quejamos de nuestro atraso, de nuestra importancia en el estudio de causas y efectos.

Por no haber acertado con el por qué enferma el miasma, dice el Sr. Lebrado: el miasma no existe, no dice, no explica ni enseña. Sí, señor, dice, pues además de percibirlo el olfato y revelarlo al análisis químico, dice relación entre causa y efecto; explica, porque caracterizando con su nombre la existencia de un principio orgánico encontrado por Thenard, Dumas y otros innumerables en la atmósfera de ciertos lugares, explica el desarrollo de todos los fenómenos de las fiebres paludeas y contagiosas; y por último, enseña por inducción legítima según todas las probabilidades, todos los hechos observados, y por un acopio inmenso de coincidencias invariables, á que le demos un carácter de especificidad por la misma especialidad de sus efectos patológicos.— Pero insiste el Sr. Lebrado y dice: "sólo hay dos métodos de investigación, la experimentación y la experiencia, y ni una ni otra nos conducen al conocimiento del miasma.". Sin duda que la experimentación puede darnos certidumbre,

pero rarísima vez matemática tratándose del hombre, y muy contadas ocasiones si se emplea en la averiguación de las propiedades físicas de los cuerpos; debiendo tenerse en cuenta, unas veces la insuficiencia de los medios de que nos valemos, otras la imposibilidad de apoderarnos del cuerpo que queremos, analizar, no obstante sentirlo y conocerlo por sus efectos, y por último, que no pocas veces se destruyen y rechazan muchas experiencias, que corrieron como exactas, después de repetir las con mejores medios, ó con mejores procedimientos; la observación suple las más ocasiones cuando falta la posibilidad de la experimentación; así, por ejemplo, el Sr. Lebrede observa que cuando los rayos del sol caen por la mañana sobre las aguas sangrientas é inmundas del arroyo que pasa bajo el puente de Chávez, empieza á volatilizarse el vapor de agua, y el desprendimiento de los principios etc. Sin embargo de no hacer la experiencia y análisis del aire de aquel lugar, sabe que hay desprendimiento porque lo percibe su olfato, y sabe también pues lo dice que nuestra economía se rebela contra las perniciosas influencias que allí se dejan sentir; que sin necesidad de experimentación, en fin, sabe que siempre que se presenten estas mismas condiciones habrá mal olor y daño en la salud. Pero supongamos que en el deseo de traer á esta Academia un experimento propio, recogió y analizó el aire de aquel lugar, y no encontró más que oxígeno y ázoe con una pequeña fracción de ácido carbónico como en todas partes, ¿podrá negar sin embargo que otra cosa mas de aquellos fluidos, estimula su olfato y pervierte su salud? Pero es que algunos autores no menos abonados que los citados por los Sres. Zayas y Lebrede han encontrado una materia orgánica además de los fluidos constituyentes del aire. Boussingaultt, Vauquelin, Dupuytren, Thenard, Robin y otros que no me dejarán mentir. (1).

Cosa notable: el Sr. Lebrede dice hablando de la observación: "si el fenómeno es pasajero, será necesario esperar á que se os presente otro, diez, veinte y más veces, para que con la constancia de la observación con la seguridad de apreciación y cumpliendo en cierto, modo con la exactitud del raciocinio, la falta del elemento, experimental etc." ¿Y por qué no obstante estos preceptos, y sin embargo de pasar diariamente por el puente de Chavez mas de una vez, siempre percibe el mal olor, y que su economía y la de otros mil que por allí transiban se resienten de su influencia perniciosa, niega estos desprendimientos á los que se les da nombre de miasmas? No cabe tanto escepticismo en los Sres. Zayas y Le-

³ V. Discurso del Sr. Valdés Castro in Anales, t, II, pág. 274.

breo; por lo que pudiera deducirse que su repugnancia solo estriba en la palabra "miasmas", acaso por ser palabra antigua; pues bien, llámeseles X, y no discutamos mas sobre su existencia.

Sin pantanos, sin focos insalubres, y sin calor que ponga en actividad sus emanaciones, ni hay vómito negro en los lugares donde es endémico, ni fiebres biliosas, ni las palúdeas de todos tipos; esto no solo es probable, sino que toca en la certidumbre, que es posible en medicina tras la observación de hechos jamás desmentidos en el transcurso de los siglos.

El hecho de Gibraltar, citado por el Sr. Valdés Castro y aducido por el Sr. Lebreo en su disertación como decisivo y de gran valor, no tiene para mí ninguno: primero, porque el vómito no es en aquel Peñón endémico, y como importado, ha podido hacer sus estragos allí, como en cualquiera otro país sano lo hacen las enfermedades epidémicas y contagiosas; segundo, porque si en Gibraltar no hay agua, ni tierra, sino que es una roca calcárea, tiene cerca á San Roque, rodeado de pantanos, cuyos efluvios dirigidos por los vientos reinantes, pudieron muy bien contribuir á hacer más mortífero el mal importado.¹ Mil y mil citas de hechos referidos por Federé., Lancisi, Faure, Brochi, Saví y otros que sería enojoso copiar, prueban de un modo inconcuso, que las emanaciones trasportadas a grandes distancias por la dirección de los vientos, hacen terribles estragos; al paso que dejan poco viciada, y á veces pura la atmósfera de los lugares de donde se desprenden.

Luego no es descabellada ni imposible la idea, como dice el Sr. Zayas, de referir todas las fiebres palúdeas á una misma causa y asignarles la misma naturaleza.

La fiebre amarilla, dice Montfaucon, es el grado extremo de las fiebre perniciosas, nace da las miasmas modificaciones y afecta los mismos órganos. La fiebre amarilla, dice Gilbert, no es más que el máximum de las fiebres remitentes biliosas, que no produce sino por grados los desórdenes en las funciones, que tienen lugar en la fiebre amarilla. Chervin, que ha consagrado su vida á la demostración de la identidad de la fiebre amarilla y de las palúdeas. dice: que "las consideraciones y estudios á que se ha entregado desde hace mucho tiempo, establecen con toda la solidez posible, que las fiebres de origen paludeo son de la misma naturaleza, cualquiera que sea el tipo bajo el cual se presenten, y la fiebre amarilla

está probado que afecta los tipos continuo, remitente y aun intermitente.” De este tipo, entre otros, día llegará en que haga mención del ejemplo que presentó en esta ciudad la digna esposa del valiente general que tanta gloria ha alcanzado en África para nuestra nación, y que no obtuvo su curación sino por la quinina. No olvidemos que se trata de males específicos, cuyas causas no pueden tener otro carácter; así la viruela, el sarampión y la escarlatina no tienen por causa el calor, una insolación, un baño frío, á pesar de que estas causas generales y no específicas desenvuelven á veces alteraciones de una misma naturaleza, aunque actúen sobre muchos tejidos en diferentes individuos. El frío produce reacción, irritación, inflamación, ó llamase cómo se quiera el efecto; y ya por la predisposición, idiosincrasia u otro cualquier motivo, en uno tuvo lugar en varias de sus articulaciones, en otro en sus pleuras, en aquel en su tubo intestinal y en eso otro en sus fosas nasales; y sin embargo de que en cada uno la inflamación se revele por síntomas en relación con los órganos y las funciones que desempeñan, no creo que deje de ser inflamación la que se ha despertado en todos, expresada por síntomas diferentes, como gritos de los órganos de donde emanan, y que para distinguir la por el sitio que ocupa, llamamos reumatismo, pleuresía, diarreas, coriza. Yo no comprendo cómo prácticos tan ilustrados como lo son, á no dudarlo, nuestros honorables compañeros los Sres. Zayas (D. Francisco) y Lebrado, se hayan valido del frío, como causa de enfermedades que no se diferencian más que por el sitio que ocupan, para decir que la misma causa específica del vómito negro no puede ser la de la fiebre biliosa grave palúdea. Siempre he oído celebrar de la creación la simplicidad de causas, unida á la multiplicidad de los efectos, y creo que no hay motivo para dudar que el cuerpo humano no sea participe de este portentoso.

Nadie desconoce cuánto dice el Sr. Zayas sobre el atraso que se nota en la ciencia cuando se trata del diagnóstico; pero esto no quiere decir que no alcancemos hoy mucho más de lo que consiguieron nuestros antepasados, a los que faltaron entre otros medios, la percusión, la auscultación y ciertos procedimientos de análisis con los que nos ha favorecido la química moderna. No sería yo por cierto el que fiase mi existencia al médico que á pesar de estos medios, y sin embargo de la clasificación de eminente práctico con que lo señala el Sr. Zayas, se mantuviera por un espacio considerable de tiempo confundiendo la tisis con el catarro y la neumonía crónica. ¿Y qué tienen para ver las seis páginas empleadas

por el Dr. Bouvier para establecer el diagnóstico diferencial de mal vertebral infra occipital con el examen que se hiciera de los síntomas de la fiebre biliosa grave, comparados con los del vómito? Nada, absolutamente nada: en un órgano como la médula, de tan complicado tejido y encargado de tantas funciones y que sirve de lazo armónico entre nuestra doble existencia físico-moral, una lesión cualquiera no puede expresarse por síntomas tan aislados que pueda el práctico señalar por ellos el sitio del mal uno ó dos dedos más arriba ó más abajo de su prolongada extensión, como lo hace hoy de una caverna del pulmón con exacta precisión. Yo digo, contestando su pregunta á la observación que cita de la Sra. casada, que mas bien se podría probar con ella que la Sra. tuvo la variedad vómito negro ó la biliosa grave, que el íctero, pues enfermado desde primero de Julio no la vio medico hasta el sexto día, lo que da lugar á pensar si tuvo ó no fiebre en este tiempo; porque los asistidos no son testigos abonados, como quiera que no conocen muchas veces la fiebre sino por el aumento del calor de la piel del enfermo.

Al comparar los síntomas de la fiebre biliosa grave con los de su variedad el vómito, pudiera haber echado mano de mis propias observaciones, recogidas la mayor parte por mi amigo y distinguido discípulo el Ldo. D. Joaquín Zayas; pero en el temor de que se tachasen, acaso por suponerlas dictadas bajo la impresión de mis antiguas creencias, me valí de las descripciones que de una y otra fiebre hacen los Sres. Vaidy y Fournier en el gran Diccionario de ciencias médicas; porque era natural pensar que no habiendo visto estos Sres. la fiebre amarilla, y en la obligación de escribir sobre ella, se valdrían de las mejores monografías que hasta su tiempo se publicaron; y también, porque no habiendo presentado opinión sobre la identidad de una y otra fiebre no podían mirarse sus relatos como parciales y amañados á su propósito. Ya he dicho, contestando al Sr. D. J. Bruno Zayas, cual es mi opinión sobre los síntomas diferenciales hasta ahora publicados; he repetido también que este estudio ha de hacerse en el país para que sea fructuoso, pues de las modificaciones que debe presentar la fiebre amarilla endémica de un país por influencias locales, no son de compararse los síntomas de un mal endémico con los de uno importado. Cuando la discusión tenga el carácter local que deseo, entraré en ella para corroborar ó impugnar con frutos de mi cosecha lo que encuentre conforme ó contrario á ellas.

Sin duda extraviado por mal camino, y no contradiciéndome, como dice el Sr. Zayas, he estudiado en moción la fiebre amarilla como una variedad de la biliosa grave; y es bien extraño que llamándola la atención el giro que he dado á la investigación de las causas que dan lugar á la estabilidad y carácter maléfico de la variedad, no notara que en el párrafo en que digo que es tal la identidad de los síntomas de la fiebre biliosa y los de la variedad vómito, que solo la circunstancia de la no aclimatación hará sospechar esta última afectación, no puede señalar esta palabra en mi escrito más que la idea de variedad que es la que he tratado siempre de probar. Si se compara una fiebre remitente simple, dice Chervin, á una fiebre amarilla muy grave, se encontrarán sin duda diferencias muy notables en los síntomas de las dos afecciones; pero si á presencia de una fiebre remitente un poco grave se comparan los de una benigna amarilla ó de mediana gravedad, no se encontrará ninguna; porque, como dice el Dr. Repey, hay un término en que se confunden estas dos fiebres de tal modo que no hacen más que una sola y única enfermedad, ó para decirlo mejor, no es más que la misma afección bajo forma diferente y grados variados. Luego si existe una época, un término en que se confunde la especie con la variedad si esta época y este término lo confiesa el mismo La Roche, citado por el Sr. Zayas, ¿por qué no ha de haber médicos que en esos momentos sufran equivocaciones?

Las observaciones de 4,000 casos recogidos por mi malogrado discípulo el Ldo. D. Rafael Blanco en la villa de San Antonio de los Baños, ó son de la variedad vómito, ó de la especie biliosa grave. — Si son de la. desmienten completamente al Sr. Valdes Castro, que dice "estar probado que solo en las costas y en el verano se observa la fiebre amarilla," pues la villa de San Antonio no está en la costa ni cerca de ella, y como solo puede haber en ella miasmas palúdeos, emanados del rio que lleva su nombre de muy poca corriente, durante la estación seca; por las ciénagas á que da origen después de sus crecientes, y por los sumideros que empobrecen su mezquino cauce, á cortos trechos, la fiebre amarilla de fuerza ha de tener por causa la misma de la biliosa y de las otras palúdeas de varios tipos. Si son casos de la biliosa grave, el Sr. Blanco tomó la especie por la variedad; su equivocación, que no es la de un médico de poca ciencia y experiencia, confirma lo que he dicho en mi moción: "que es tal la identidad de los síntomas en las fiebres biliosas y amarilla, que el práctico profesor mas

entendido podrá confundir y confundirá muchas veces la especie con la variedad."

Si las cenizas de algunos de nuestros más ilustres médicos no sellaran mis labios, no solo por respeto á ellos sino por gratitud y reconocimiento á los beneficios que nos han legado, yo podría sacar á plaza muchos ejemplos de estas equivocaciones y aun otras de vivos no menos ilustrados, que ciertamente no dejaran de traerles á la memoria con solo enunciarlas aquí. La Corporación creerá o no que la fiebre biliosa grave y el vómito son una misma cosa con solo variedad de intensidad: esta es la opinión que profeso y he sometido al juicio de la Academia, y que no será tal vez en lo adelante, si las observaciones y estudios clínicos que se emprendan aquí me obliguen á variarla. Con mi creencia he dicho y repito, que el vómito, y las evacuaciones y las hemorragias le harán ver al médico que asiste un enfermo con fiebre biliosa que le ha equivocado, tomando la especie por la variedad: si en la opinión del Sr. Zayas la variedad muda la naturaleza ó esencia de una cosa, no es esa la mía, y creo que la de nadie: por tanto dos cosas pueden tener una misma naturaleza y sin embargo diferenciarse por ciertos caractères que no afectan su esencia: la fiebre biliosa y la amarilla; por ejemplo, tienen una misma naturaleza; pero esta última hace variedad por la intensidad de sus síntomas y por algunos otros que no afectan su esencia.

Yo no he presentado nada sobre autopsias, porque mi trabajo no es una monografía, solo una moción para iniciar el estudio de la fiebre amarilla, y he creído que me bastaba anunciar algunos medios de investigación. Por otra parte, no soy yo el que doy gran importancia á la anatomía patológica, si bien es mirada como la última razón, como las únicas páginas que nos revelan el asiento, la naturaleza de los males y que nos desengañen de nuestros errores. Las alteraciones y trastornos que pueden presentar los órganos y tejidos están bajo la influencia de innumerables causas que, no siendo las de enfermedad, dificultan por lo mismo sacar de ellas útil provecho: el tiempo que ha durado el mal, el que ha pasado desde la muerte hasta que la autopsia pueda verificarse; los padecimientos crónicos, que si bien no afectaban de un modo perceptible la salud del individuo, se exasperaron durante la última enfermedad; la acción de los medicamentos, —son entre otras circunstancias algunas de las que se interponen como obstáculos, que inutilizan más de una vez el provecho que pudiera tocarse de las necroscopias.

Sírvanos en comprobación de esto, las autopsias de un caso de fiebre biliosa grave, y uno de la variedad vómito negro: los enfermos de esta última perecen él 4o. ó 5o, día y rara vez pasan del 7o.; los de la primera tocan á veces al 2o. y hasta el tercer septenario. ¿Qué encontramos en las autopsias del vómito? Más bien que bien que verdaderas alteraciones, en los pocos órganos que se presentan afectados, modificaciones tan solo en el color, en el espesor de las mucosas, inyecciones, derrame de sangre. La mucosa dice Louis, rara vez está ulcerada, casi siempre se encuentra intacta, y si está inflamada, esta lesión ni es muy intensa, ni muy extendida; lo mismo, dice, sucede en la mucosa de los intestinos, el hígado descolorido, lo que solo es posible tenga lugar en tan corto tiempo de enfermedad. ¿Que notamos en las de fiebre biliosa? Verdaderas alteraciones orgánicas, reblandecimiento de la mucosa gástrica, adherencias en algunos casos, las del duodeno, ulceraciones que perforan los intestinos, degeneraciones grasientas en el hígado y trastornos orgánicos no solo en los tejidos atacados primitivamente, sino en otros por continuidad, simpatía, ó por alteración de la sangre y humores, se fueron afectando en el curso prolongado de la enfermedad. Ahora bien ¿será lógico deducir por tan desemejantes alteraciones, que las enfermedades que las han causado no son de la misma naturaleza? Muchas autopsias de unos y otros casos, muchos trabajos de multiplicación, substracción y partición se necesitan en verdad para llegar á tener con el recurso de las autopsias, las luces que buscamos en nuestras investigaciones.

